

cumplir mi encargo; así como para dar una muestra de gratitud á mis padres, que empeñosamente procuran mi instrucción.

La mujer instruída y moralizada es la base principal del engrandecimiento de la Patria, formará ciudadanos útiles á sí mismos, á la familia, á la sociedad y al Estado, realizándose así los patrióticos deseos del eminente ciudadano Benito Juárez, ilustre fundador de este plantel.

México, Julio 25 de 1891.

MARÍA ROMERO.

## LAS CRUZADAS.

SEÑORES:

¡Cuán difícil es para mí desempeñar debidamente la honrosa comisión que se me ha conferido! Ante el vehemente deseo que siento de tratar lo mejor posible la belleza é importancia del asunto, que reúne á la vez el doble carácter de político y religioso, no puedo menos de comprender mi insuficiencia y de sentir que á medida que aquellos aumentan, mi capacidad é inteligencia disminuyen. Pero como quiera que sería inútil demostrar mis pocas dotes, puesto que Vdes. mejor que yo juzgarán de ellas al escucharme, sólo suplico á su atención disimule mi discurso que adolecerá, estoy segura, de mil faltas no obstante el esmerado empeño que he consagrado al hacerlo.

Espero que vuestra indulgencia complete mis esfuerzos, supliendo lo que á mi inteligencia é imaginación falte.

Si ha habido en la historia heroicos movimientos que han hecho vibrar al universo, pocos, quizás, han tenido causas, hechos y resultados de tanta importancia como las Cruzadas. No fué en ellas únicamente el espíritu guerrero de un pueblo cuya ambición ve más allá de sus dominios el que levantó las armas para combatir, ni las pre-

tensiones de un soberano que sueña ver su nombre grabado en la historia y unido á famosas batallas quien se lanza al combate; en el siglo XI hay algo superior á estas pasiones que obliga al Occidente entero á despertar de ese letargo en que estaba sumido hacia algunos siglos, y que uniendo por decirlo así, todas las fracciones políticas que el feudalismo había hecho de la Europa en una sola, se levanta, toma sus armas y se lanza al combate. ¿Cuál pues fué el móvil poderoso que enardeció el ánimo de generaciones enteras y las dispuso á pelear hasta el heroísmo? ¿De dónde brotó esa chispa que al caer sobre el suelo europeo produjo tal explosión? Ambas cosas son la resultante de varias fuerzas, el producto de varios factores, de cuyos componentes y cantidades voy á tratar.

Nadie ignora que la religión de un pueblo, cualquiera que ella sea, es la base de sus actos, el principio de su organización, el lazo que une á todos los individuos en uno solo y los considera como miembros de una familia.

Cuando el cristianismo al principio de la Edad Media, vino á operar un cambio radical en el mundo romano con su triple base de Libertad, Igualdad y Fraternidad, los pueblos fueron entrando poco á poco en ese círculo extensible cristiano, hasta llegar á alcanzar su mayor magnitud; y encaminándose de este modo en la vía del progreso y de la civilización, preponderan sobre el resto de las demás naciones á consecuencia de tener una forma regular, una constitución. Roma se constituye el centro del cristianismo, y se esfuerza en enseñar á los hombres que tienen intereses generales y comunes que defender.

Siete siglos transcurren para que tenga que sufrir en algo este orden de cosas: al cabo de este tiempo aparece allá en la Meca un hombre cuyo ingenio y ambición lo elevan hasta la categoría de profeta.

Estudia las religiones judía y cristiana y forma una nueva, el "*Islamismo*," mezcla de las dos, cuyo dogma escribe en el *Korán*. Sus páginas ofrecen las más grandes recompensas á los que combaten por su religión, contienen de la misma manera preceptos referentes á su culto, según las costumbres del pueblo oriental; da él mismo el ejemplo armando á sus prosélitos y alcanzando brillantes victorias, y muere después de haber fundado el imperio de los árabes, sembrando la semilla de disensión y antagonismo entre los pueblos. A la muerte del profeta comienzan á revelar sus sucesores los *Kalifas* sus instintos guerreros; hácese más notable el antagonismo religioso entre los árabes y cristianos y este sentimiento avanza con los siglos. Empiezan aquellos á ensanchar sus dominios por la Persia hasta la India; arrancan la Siria y el Africa á los bizantinos, y la España á los visigodos; sitian á Constantinopla, capital del imperio de Oriente, por mar y por tierra, y pasan los Pirineos, consiguiendo llegar hasta Poitiers donde suspenden sus tentativas, pues sus esfuerzos se estrellan ante la resistencia de los cristianos. Después de este primer golpe que recibieron, fijan su pacífica residencia en España, fundando un imperio que, separado del califato de Oriente, mantiene vigoroso al *Islamismo* en Occidente. León el Isáurico, emperador bizantino, les da el segundo golpe obligándolos á levantar el sitio que habían puesto á Constantinopla y que sostuvieron por espacio de un año. Estas derrotas los obligaron á una tregua, sin que se pueda decir que desistieran por completo de la guerra, porque paso á paso siguieron ensanchando sus dominios.

Necesario nos es, para justicia suya, abrir aquí un paréntesis, haciendo una consideración de importancia acerca de la nación Arabe. El pueblo que venimos si-

guiendo en sus movimientos no fué siempre el conquistador que todo lo fia á la fuerza brutal de la espada; al afán guerrero que el árabe siente de conquistar las naciones, va unido en el transcurso del tiempo el más glorioso de conquistar el entendimiento, no precisamente para hacerlo partícipe de sus creencias religiosas, sino para enriquecerlo é ilustrarlo con el estudio de las artes y las ciencias.

Siguiendo fielmente un precepto del *Korán*, se dedican al estudio con empeño, con denuedo, quizás con exageración; su afán en descubrir algo nuevo los separa del mundo material, y si á este afán no correspondió el arte de trocar en oro los metales, ni el elixir de la inmortalidad, preciso es confesar que ensancharon muchísimo el dominio de la verdadera Química, del Algebra, de la Astronomía, Poesía, Escritura y otras muchas ciencias y artes, las que unidas á la fuerza militar, elevaron á muy alto grado el poder y perfección de los pueblos musulmanes.

Este es el momento en que el árabe está orgulloso de sus conquistas; pero como parece que las naciones vistas á través de la historia presentan una semejanza completa con el individuo, es decir, que pasan por los períodos de infancia, juventud, virilidad y decrepitud, solamente con la diferencia de que miden por siglos lo que el hombre mide por años, este orgullo y poder innegables, obra de tantos años, comienza á desaparecer siguiendo esa ley natural, ó lo que es igual, pasa del estado más floreciente de su edad al principio de su decadencia.

Los *Kalifas*, sucesores de Mahoma, poco tiempo gozaron de entera sumisión por parte de sus súbditos; la ambición de los potentados en el orden social comienza á quebrantar sus dominios; divídense en tres fracciones, y de todas estas causas proviene el desequilibrio en el poder musulmán.

Aprovechan entretanto los cristianos esta desunión y aunque la reacción que se hace sentir parece poco activa, sin embargo, es fecunda en resultados porque empieza á recuperar parte del territorio español, de la Isla de Creta y algunas plazas principales de Siria. Vuelven los mahometanos á demostrar algo de su vigor, haciendo suya casi toda el Asia Menor, pero sus ataques no son de la importancia que los anteriores.

Apenas comienzan los cristianos á sacudir el yugo musulmán poniendo dique á sus conquistas, cuando otra invasión más temible los amenaza, avanzando rápidamente. La Europa se ve un momento presa de horribles desastres; la peste cunde por campos y ciudades hiriendo con la velocidad del rayo; el hambre la sigue haciendo millares de víctimas, y como complemento á tan horroroso espectáculo y tan lastimosa crisis corre de boca en boca el fatídico anuncio de que el año 1000 debía poner fin al linaje humano, según las crónicas y viejas profecías. Se difunde una siniestra agitación por todas partes; los ánimos más esforzados pierden su vigor ante tamaño peligro; siéntese el inexplicable estremecimiento precursor de los grandes cataclismos; el año 1000 esculpía su fecha en cada piedra, y cada cadáver que caía al helado soplo de la peste, parecía que señalaba uno de los momentos del tiempo que devoraba la creación. Aquí el terremoto, más allá el fuego volcánico del Vesubio aumentan el pavor que sobrecogía á todos los ánimos. Hace entonces oír su voz la Iglesia; excita á los cristinos á perseverar en sus creencias religiosas; dirígeles frases consoladoras, y ante las amenazas del Apocalipsis les presenta el ejemplo de Nínive perdonada. Un siglo después, y ya pasados los terrores que produjo el temible año 1000, la ocasión que buscaba el Pontífice romano Gregorio VII para colocarse á la cabeza del Occiden-

te no podía ser más propicia. Excita á los fieles, predica la fe, la penitencia y la expiación; les presenta el estandarte de la cruz para que á su sombra combatan por la religión. Señala el Papa el Oriente como término de su viaje, y á los selyúcidas como á sus enemigos; logra reunir 50,000 hombres á cuya cabeza debería colocarse para inaugurar la campaña él mismo; pero la muerte lo sorprende al principio de sus trabajos, y tiene que legar la iniciativa á su sucesor Urbano II.

Si en esta vez no tuvo verificativo la idea del Papa, los efectos que su llamamiento produjeron reveláronse en todos los círculos de la vida. Los viajes que se hacían á los lugares santos eran muy frecuentes; el ahinco de poseer las reliquias de los santos y el de visitar el sepulcro del Salvador, llegaron á ser una necesidad en la vida de los individuos y pueblos de la Edad media.

Como es de suponerse, el furor de que se penetraban los peregrinos cuando veían que los enemigos de su fe eran dueños de los principales tesoros religiosos, era intensísimo. Las peregrinaciones son día á día más considerables; acuden todas las naciones en grupos, por mar ó por tierra, á venerar los lugares santos en tan respetables cantidades, que en el año de 1064 se cita una peregrinación que se componía de 7000 hombres.

Tras estos hechos viene el no menos importante de la exaltación de Urbano II al poder pontificio. Sus ideas eran muy semejantes á las de Gregorio VII; pero con un espíritu más flexible, evitó las luchas que había sostenido su antecesor con el poder temporal, logrando por este medio ver bajo su obediencia sujetas las principales potencias de la Europa.

En Marzo de 1095, dirígese á Francia con objeto de convocar un concilio en Clermont; márcase como itine-

rario los Alpes, pero al llegar á Placencia recibe á los embajadores de Alejo Comneno, que traían encargo de exponerle los peligros de Constantinopla, y obtener por su mediación el pronto auxilio de los países occidentales.

El Papa hace alto para examinar la gravedad del asunto; reúne un sínodo numerosísimo: 4000 eclesiásticos y 30,000 seglares asisten á él. No sólo se trata del asunto principal, sino que resuelven cuestiones de disciplina eclesiástica, y se toman acuerdos contra el rey Felipe por la falta que cometió al robarse á Bertrada, esposa del duque de Anjou. El resultado del concilio no fué muy satisfactorio para el Papa, porque notaba cierta frialdad en sus oyentes. A los ojos de un pontifice menos animoso habría sido este un motivo de dolorosa impotencia, pero como Urbano II sentía correr por sus venas la sangre de los francos, apresúrase á transponer los Alpes, para hallarse entre las ardorosas gentes que á un pensamiento de gloria se levantan como un solo hombre. Dispone que Clermont sea testigo de su elocuencia el día 18 de Noviembre de 1095; allí debían asistir no sólo los eclesiásticos, sino los hombres de armas del estado. Avivando diestramente la impaciencia del pueblo, en los primeros nueve días guarda silencio tocante al asunto principal, el 10 se abren las puertas del Concilio: preséntase el Papa en la plaza principal de Clermont acompañado de sus obispos é innumerable clero. Señores, castellanos, hombres de armas y siervos, todos se apretaban confundidos, ansiosos, inquietos para oírle. Preciso nos sería escuchar de nuevo su voz para comprender el caluroso entusiasmo que le animaba.

Dirígese á la multitud, y resonando su voz en el espacio exclama: "Hombres de la tierra de Francia, de las ciudades y las aldeas, de los palacios y las chozas, grandes y pequeños, escuchad: los persas, árabes y turcos y todos

los enemigos de nuestra religión, han invadido las tierras cristianas y devastádaslas con el hierro, el saqueo y el incendio; muchos de nuestros hermanos, cautivos por ellos, han perecido en los más horrendos suplicios; han destruído las iglesias del verdadero Dios, ó las han dedicado al culto del falso profeta; la ciudad del Rey de los reyes es ahora uno de los centros de las supersticiones de los gentiles; la cuna del Salvador está ocupada por un pueblo sin Dios, y el milagroso sepulcro, fuente de la vida futura, ha sido profanado por los que se confundirán en llamas eternas. Vemos ya ondear los estandartes muy cerca de las playas del Bósforo, amenazando á la Éuropa cristiana. ¿A quién, pues, le corresponde armar su diestra para defender los pueblos del Occidente? ¿Quién debe castigar á aquellos infieles, y quién debe arrancarles de entre sus rapaces manos nuestras más preciosas joyas?..... Guerreros que me escucháis, vosotros que buscáis siempre vanos pretextos de guerra, aquí tenéis una causa legítima. Es llegada la hora de expiar tantas violencias; vengo á llamaros á la conquista de los *Santos Lugares*; dejad toda afección ruín, todo sentimiento profano que os encadene á vuestro hogar; romped todos los lazos de la tierra; vengad al cielo..... Si triunfáis, vuestras serán las bendiciones; si sucumbís, os igualaréis á los mártires, y alcanzaréis la palma prometida á la milicia de la fe!"

Un murmullo de entusiasmo acoge las palabras de Urbano II, acompañado de atronadoras voces que transmitidas por los ecos de las montañas, semejaban al bramido de las olas que chocan entre sí..... Brillaron en un momento todos los aceros, y los escudos golpearonse sonoros en muestra de entusiasmo. *¡Dios lo quiere!* fué el clamor universal repetido en todos los dialectos de la tierra francesa. El Papa interrumpe por un momento á la multitud

para mostrarle su estandarte, y tomando la Cruz, tendióla y exclama: "¡Con este signo venceréis!; esta será la enseña tremolada por vosotros; llevadla sobre el pecho; que brille en vuestras armas y estandartes, y sea para vosotros la prenda de la victoria."

De nuevo se repiten las inmensas aclamaciones, y aprovechando el Papa aquel universal entusiasmo, establece como complemento de su tarea la *tregua de Dios*, en virtud de la cual debería cesar todo combate cuatro días de la semana.

La fraternidad del peligro que Urbano II pintó á su auditorio con ardientes frases, engendraba la comunidad de los sacrificios, bajo la misma bandera, y siguiendo igual camino, deberían correr á defender sus fronteras, eclesiásticos y seculares, señores y siervos, ó á conquistar un mundo sin más armaduras que su heroicidad; mártires si sucumben, y más dignos quizás de gloria por su vencimiento, que por su triunfo.

El movimiento francés se hallaba en completa eferescencia; todas las imaginaciones se volvían al Oriente; en la mente de los señores feudales, aquel tenía un arrebatador encanto. ¿Qué importaba al feudal perder un castillo si codiciaba la posesión de un principado asiático? ¿Qué valía una provincia de la vieja Galia, para el conde que se prometía un reino por derecho de conquista?

Los feudales reparten sus tierras á la Iglesia; los temibles castellanos que la víspera se habrían dejado hacer trizas en defensa de su patrimonio, lo abandonaban todo de improviso con la mayor indiferencia; los fértiles campos de Oriente les excitaban á emigrar; los francos recobraban su instinto de nación errante, imitando á los normandos y escandinavos que se habían arrojado antes sobre el Mediodía, atraídos por la abundancia de las hermosas tierras fecundadas por el sol.